

El Montero



Editora Cole

Novela

Pedro Francisco Bonó

Pedro Francisco Bonó

El Montero



Editora Cole



Editora Cole

© 2001 - 2003

Pedro Francisco Bonó, 1828-1906

El Montero

Primera edición

El Correo de Ultramar, Madrid

Ediciones N° 158-162, 1856

ISBN 99934-32-15-6

Foto de portada

Poblado de Matanzas

Colección Editora Cole

Foto contraportada

Monteros en el pico Duarte

Colección José Gabriel García 12 (6) 479

Archivo General de la Nación

Impreso en la República Dominicana

EDITORIA COLE

Calle 9, No. 4, Urbanización Real

Santo Domingo

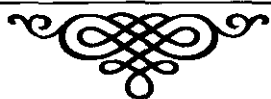
República Dominicana

e-mail: libros@mail.com

Teléfono: (809) 537-2544 / 537-2691

Fax: (809) 482-8842

CAPÍTULO I



En ese gran recodo que el mar hace al Este Nordeste de la isla de Santo Domingo, cuyo nombre de bahía Escocesa dado por los franceses no ha podido prevalecer a despecho de mapas, hay un lugarejo nombrado Matanzas, que tiene un puerto pequeño siempre hambriento de buques que nunca se toman la pena de anclar en él.

Dos o tres casas esparcidas habitadas por mon-
teros, un fuerte con un cañón y un pequeño arse-
nal, he aquí cuanto hay del hombre en ese lugar.

Pero si dirigimos la vista alrededor, la naturale-
za compensa esta pobreza, desenvolviendo uno
de los más imponentes espectáculos. La bahía

abarcando una curva de veinte leguas, cuyas puntas rematan con el cabo Samaná y el cabo Viejo Francés, ve las agitadas olas del océano Atlántico luchar contra el débil dique de arena, cuya base es una prolongación de las demás, bastardas hijas de la cadena de Montecristi. Dos leguas separan a Matanzas de la embocadura del Nagua, depósito abundante de enormes piedras; y cuatro dista del Gran Estero, uno de los infinitos caños que el Yuna arroja de su seno para entrar en Samaná exhausto con tantas sangrías. El Gran Estero, refugio de millares de patos silvestres, garzas y otras aves acuáticas, derrama compitiendo con su origen todas sus aguas en los valles de la falda oriental de la montaña y forma mil pantanos conocidos y llamados por los naturales Madres Viejas, en las que juncos, berros y grama crecen con una lozanía extraordinaria.

El terreno de todos estos sitios, salvo los ya dichos cenagales, está sembrado de esa robusta, rica y variada vegetación de Santo Domingo. Bosques de limoneros, majagua y uveros cubren el litoral con una entrada de doce leguas al interior, y sirven de guarida a una infinidad de puercos montaraces, cu-

ya caza es la ocupación de todos los habitantes que pueblan ese espacio, y el producto de las carnes la única renta que poseen.

Era una apacible tarde de otoño, el sol se escondía por detrás de la elevada cima del Helechal; la brisa de mar que todo el día había jugado mansamente en su vasta planería, acababa de ceder su lugar al terral; el Océano en su continua lucha exhalaba su poética e interminable queja al estrellarse entre las rocas, y las tórtolas y pelícanos se agrupaban en sus dormitorios favoritos. Esta hora tan melancólica, intermedio de la luz y las tinieblas, es uno de los cuadros en que la naturaleza presenta más tintes que observar y grandezas que admirar, pero ni una ni otra cosa hacía un hombre que salió de uno de los bohíos del lugar y se sentó sobre una piedra que a la entrada de la puerta había. Nada hay más tosco que la fisonomía de este individuo: la grande y poblada barba que circuía su ancha y aplastada cara, caía sobre su velludo pecho y le daba el aire de un escapado de la cárcel, sus narices eran chatas y su boca grande y gruesa, en fin, un conjunto feo, pero que denotaba fuerza y salud. Su

traje era el de los monteros en general; chamarreta de burda tela de cáñamo con calzones de lo mismo sujetos a la cintura por una correa con su hebilla de acero, machete corto de cabos de palo y vaina de cuero, cuchillo de monte, eslabón de afilar pendiente de la correa y con una cadennita de hierro, he aquí el vestido; agréguese que según la atinada precaución de los monteros para evitar los estorbos de sombrero entre zarzas y malezas, cubría su cabeza un gorro de paño que en su primitivo origen debía ser negro, pero que la intemperie y la grasa habían puesto de color dudoso, y se tendrá el vestido de nuestro hombre.

Hacía como diez minutos que estaba sentado, cuando una voz femenina y cascajosa salió del interior y dijo:

—Juan, ¿todavía no llega Manuel? ¿no lo alcanzas a ver? él que no acostumbra a dilatarse tanto en el monte y no haber llegado hasta ahora.

Estas palabras parece pusieron de mal humor al que estaba sentado en la puerta y que había sido interpelado con el nombre de Juan, pues frunció el ceño y murmuró: —Cuidado que la vieja se

inquieta por ese mequetrefe, no parece sólo que ya es...

El soliloquio fue interrumpido otra vez por la misma voz que volvió a decir:

—¿En qué piensas, Juan, que te pregunto si alcanzas a ver a Manuel y no respondes?

—Señora, yo bien la oí, pero como no columbraba al muchacho, me pareció inútil responderle, más oigo uno que canta y creo que es él; por lo demás el muchacho es bastante grande para no perderse, y así no había por qué apurarse.

—Parece, Juan, que olvidas los peligros de tu profesión, cuando supones la caza de los jabalíes sin peligros, y cualquiera al oírte supondría que no has hecho conocimiento con sus colmillos.

—Cómo dice usted, señora Teresa, que yo no conozco sus navajas. ¡Válgame la Virgen! si no sé cómo estoy vivo, bien lo sabe usted, de la terrible herida que me dio aquel que no podían cargar cuatro hombres y Manuel. Preciso será mudar de pellejo para borrar la señal que me dejó en este muslo.

—Bien, ya conozco la voz de Manuel, y aunque sé su valentía y su destreza, sin embargo, cuando

no llega a la oración, me inquieto, porque ya tú ves que quien va a ser mi...

—Bueno, bueno, no es menester más explicación; ya lo sé.

A esto un joven como de veinte años, vestido con el mismo traje que describimos en Juan, apareció en un sendero, sólo que en lugar de tener los pies desnudos y la cabeza cubierta con un gorro de paño, venía calzado con botines de garras de puerco montés, cosidas con corteza de majagua y se cubría con un pañuelo de cuadros azules enlazado detrás de la cabeza; por último, un hermoso perro de color pardo trotaba junto a él tirado por una cuerda de cabulla envuelta en los cabos del machete.

A medida que se acercaba se oía más distintamente la copla que cantaba en uno de esos aires populares de Santo Domingo, tan sencillos y armoniosos como las antiguas melopeas.

—Buenas tardes, Juan, dijo el joven concluyendo su copla y acercándose a la puerta.

—Buenas tardes, Manuel, qué tal; los jabalíes han huido del monte, que ya los monteros van por ellos y vuelven vacíos.

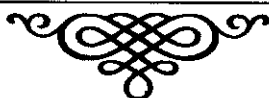
—No se chancee, camarada, los jabalíes todavía se encuentran, pero hoy he estado de mala suerte; uno que perseguía desde esta mañana, después de hacernos correr todo el día a mí y a mi perro, acabó por tirarse en la Madre Vieja del Helechal, donde le perdí de vista en medio de la enea; pero no triunfará mucho, pues mañana espero traer colgadas sus dos bandas a la espalda.

—Ave María, dijo entrando en el bohío una joven que venía de la cocina con un manojo de madera resinosa ardiendo.

Estas palabras impusieron silencio a nuestros interlocutores, quienes entrando también, rezaron el Ave María, llevada por la sonora voz del amo de casa que hasta entonces había guardado silencio. Durante seis minutos se oyó el cadencioso sonido del rezo, y cuando llegó el final —Sin pecado concebida— una vocería tumultosa pidiendo la bendición a las personas mayores se armó entre cuatro muchachos de ambos sexos que arrodillados estaban.

Restablecido el silencio entre los niños, volvieron juntos con la joven a la cocina dejando el haz de pino encendido para alumbrar la sala del bohío.

CAPÍTULO II



Componíase el ajuar de ésta: de cuatro o cinco rollos de seiba que servían de sillas en competencia con una barbacoa, mueble formado por cuatro estacas clavadas en el suelo, soportando dos cortos palos atravesados, sobre los que descansaban cinco tablas de palmas barnizadas por el continuo frote de los cuerpos. En un rincón cuatro calabazas llenas de agua, encima de las cuales descollaba una pirámide de jícaras, compitiendo en blancura con la porcelana, y que colgadas por los extremos a las espinas de dos trozos de limonero colocados en cruz, denotaban el aseo del ama de casa. Esta es una de las particularidades en que la mujer del

montero pone más conato y lo que da la medida del buen orden de un bohío. En las soleras estaban fijadas varias quijadas de jabalíes en cuyos retorcidos colmillos descansaban macutos, cinchas y jáquimas; en fin, dos bateas y una mesa coja, pero muy limpia, completaban el resto de los muebles.

Los materiales empleados comúnmente en la construcción de los bohíos son: horcones que soportaban en sus ganchos la poca trabazón de la máquina; las soleras están adheridas a la viga y a las varas por delgados bejucos; las paredes las forman tablas de palmas arrimadas unas a otras y amarradas, o por mejor dicho, encadenadas a varas transversales con el mismo bejuco. Los habitantes de las costas, donde los mosquitos abundan como en ese lugar, a fin de dejar más espacio libre por donde el viento pueda penetrar, cortan las tablas media vara más bajo que la solera para que el ímpetu de la constante brisa de mar acarree esos molestos insectos. Las puertas de los bohíos unas veces se cierran, otras no, según la cantidad de animales domesticados que recorran sus alrededores. Si se cierra y la puerta es vertical, se

hace con sogas al tiempo de acostarse o de salir todos, la misma operación que se efectuó con bejucos para todo el seto; si la puerta es horizontal o de palenque como comúnmente la llaman, con sólo añadir cuatro o cinco trozos de palos cruzados a los eternamente interpuestos, queda la puerta defendida de las irrupciones de vacas y demás animales domésticos, que no descansan de noche en busca de alimento.

Excusado es añadir, en vista de esta sencilla construcción, que los monteros son los que fabrican sus viviendas, y que el único instrumento de que se valen es el corto machete de trabajo que también sirve para sus cacerías y hasta en caso fortuito para su defensa, razón porque tampoco es de extrañar que el machete y el montero sean tan inseparables, que puede decirse es uno de sus miembros.

El bohío no tiene más que un seto interior que divide el aposento de la sala. En esta última se come y se hacen todos los oficios caseros concluyendo por servir de noche de dormitorio a los peones del patrón. El primero está únicamente dedicado al reposo del amo de la casa, su mujer

e hijos, y sus muebles son los siguientes: una barbacoa más ancha que aquella de la sala, sobre la que está tirado un colchón relleno, unas veces de hojas de plátanos, otras de lana vegetal y que sirve de cama al amo, su esposa y al niño que está al pecho; otra barbacoa del mismo tamaño con un cuero de novillo por colchón y que sirve de lecho a la demás familia, arropada con una sábana, séase cual fuera la cantidad de individuos acostados. La ropa de gala está guardada en un cajón carcomido y en una o más petacas de yaguas; la de trabajar está colgada delante de las camas sirviendo de cortinas o de un cordel flojo amarrado por los cabos a un rincón.

Cualquiera que no sea curioso o no esté ducho en las costumbres de la gente en cuestión, creará que no hay ninguno de los objetos necesarios al uso casero de una familia, pero se equivocaría de medio a medio si tal juicio formase, pues con sólo levantar la colcha que cubre la cama principal se toparía con gran cantidad de objetos cuya exposición entra a veces en los hábitos de algunos habitantes de las ciudades, aunque nuestros monteros, tal vez más cuerdos, prefieren li-

brarlos de la petulancia arruinadora de los muchachos: platos, tazas, jarros, cucharas, ollas, todo está escondido debajo de la cama, aguardando la ocasión de una visita importante o el matrimonio de un miembro de la familia para ver la luz del día.

Hecha esta descripción indispensable, volvamos a las personas que pusimos en escena. La sala del bohío estaba alumbrada por el manojo de pino encendido que descansaba en el medio sobre una piedra, y un muchacho se ocupaba en quebrar de cuando en cuando las puntas, que ya carbonizadas disminuían la escasa luz que arrojaba. El que había llevado el Ave María y que parecía un hombre como de sesenta años, aunque fuerte y bien conservado, estaba acostado en una hamaca tejida de delgadas cuerdas de majagua. Vestido en la misma forma que Juan y Manuel, se diferenciaba en más limpieza y en una pipa de barro, cuyo humo saboreaba por un corto tubo de copedillo.

Manuel, después del Ave María, amarró su perro a una de las horquillas de la barbacoa, y arreglando su machete entre las piernas con un ade-

mán característico, se sentó sobre dicho mueble, balanceando suavemente sus piernas en el aire.

Juan volvió a tomar la misma postura de antes, con la cara vuelta a la sala, solo que a cada rato fruncía el ceño, y una contracción de ira sacudía su persona cada vez que la joven que había traído la luz y preparaba la cena llegaba de la cocina a buscar alguna cosa necesaria a su tarea, y que mientras la buscaba y la hallaba, dirigía una mirada de soslayo a Manuel.

—Cuéntame, muchacho —dijo el hombre que estaba acostado en la hamaca y que era el patrón de la casa—, cómo has hecho para venir hoy con las manos vacías.

—Tal vez Manuel cogió miedo de andar solo —dijo Juan—, cuando está acostumbrado a montar con un compañero que se exponga a los peligros por él.

—Válgame la Virgen Santísima, Juan, —contestó el mancebo saltando de la barbacoa y encaminándose hacia el interruptor con la mano derecha sobre el cabo del machete—, yo pienso que por usted verme en estas carnes supone que tengo miedo, y por esa luz que nos alumbra le ase-

guro que ni a usted ni a los jabalíes se lo tengo, y si no fuera por el respeto que debo a la casa en que estamos, yo le haría ver que no soy mozo que huye al hierro.

—Yo no hablo entre la gente —replicó Juan, levantándose también— yo voy todos los días al monte y estoy dispuesto a ir ahora, con que así...

—Qué gorgona es esa, muchachos, dijo Tomás, no creo que ustedes vayan a pelear porque uno fue al monte y no trajo carne; eso sucede todos los días, y tomara yo de pesos fuertes las veces que he ido en balde a montear. Vamos, ustedes son amigos, así estaos quieto. Hola, Teresa —continuó volviéndose a una vieja sentada en un rincón, que murmuraba las multiplicadas repeticiones de un tercio—; hazme el favor de traer la botella de aguardiente que compré el sábado en el pueblo.

Teresa, mujer de Tomás, y de su misma edad, con polleras de algodón azul y collar de cuentas amarillas, se levantó, fue al aposento y volvió con una botella de aguardiente de caña y una jigüerita muy blanca que puso sobre la mesa.

—Vamos, amigos —prosiguió el patrón—, vengan a

tomar un trago y que no se hable más del asunto; ustedes son amigos, yo lo soy de ambos, y en fin, por lo que íbais, a pelear es una bagatela que ni aún nombre puede dársele. Diciendo esto, Tomás alargaba la jigüerita con aguardiente a Juan, que la tomó y sin cumplimiento se tragó el contenido.

Tomás volvió a echar, y la presentó a Manuel, que hizo lo mismo que Juan, después echando para sí bebiéndoselo, llamó de nuevo a Teresa para guardar la botella.

—Pues ahora que ya los dos estáis contentos, dime Manuel, si podrás responder a lo que te pregunté.

—Sin duda, señor Tomás. Esta mañana salí como usted bien sabe con mi perro; me metí por el caño y caí a la orilla del Nagua, no hacía media hora que había pasado el río e internándome en el monte del Factor, cuando Manzanilla presiente un jabalí que a poco rato se aparece en un majagual, con unos colmillos que me decían tenía a lo menos cuatro años. Mi perro, como digo, en cuanto lo olfateó, empezó a ladrar, lo solté, pero el jabalí se aculó a un árbol y no le dejaba aproximar; mientras oía el ruido que hacía afilando

sus navajas y acechaba un lugar favorable para abalanzarme a él y clavarle el cuchillo, dio un furioso salto sobre mi perro, que se tiró a un lado para evitarlo. —¡A él, Manzanilla, a la oreja! —pero, paff... dio otro salto y echó a correr como una bala; mi perro corre tras él, yo tras mi perro: corrimos dos horas, yo casi no los percibía, cuando distingo al perro solo parado a orillas del Nagua y venteando. —¿Qué es eso, Manzanilla —le digo—, que lo dejaste ir? —Presto el oído y oigo el ruido de un animal que sale del agua huyendo. Manzanilla corre para arriba, para abajo, buscando un bajadero, lo halla, pasa, se abalanza chorreando agua tras él, y oigo que trabaja y lo acosa hacia donde yo estoy, detrás de un árbol, esperándolos; pero el muy maldito me vio y empezó otra vez a correr por las laderas del Helechal, quise alcanzarlo, mas en vano, se tiró a la Madre Vieja y me costó parar. Sin embargo, mañana vuelvo, y a menos que no esté encantado, sabremos qué gusto tienen sus costillas.

—Escucha —dijo Juan, con una mirada llena de rencor que el aguardiente no había extinguido y que escapó a sus oyentes—, mañana te acompa-

ñaré y veremos si se nos escapa a los dos.

—Si es con ese solo objeto que usted me acompañará, no necesita molestarse, por ser casi un desafío que hay entre mí y aquel animal, y por consiguiente yo solo trato matarlo.

—No —dijo Tomás—, Juan te acompañará, porque yendo dos, llevan más seguridad de matarlo y tienes menos peligros o a lo menos una ayuda en tu empresa.

—Por dar gusto a usted, ya que así lo quiere, convengo en que Juan me acompañe, aunque repito que no hay necesidad.

Acababa la joven que disponía la cena de traer tres platos llenos de sancocho de tocino, que puso sobre la mesa al lado de tres cucharas de jigüero, y ejecutadas estas operaciones, con ayuda de Teresa acercó la mesa a la hamaca del criador para que éste pudiera comer sin moverse de su sitio. Tomás llamó a los monteros, quienes después de haber acercado sus asientos que no eran otros que dos troncos de los cinco que había en la sala, se lanzaron ansiosos cada uno sobre su plato de tal manera, que a poco rato sólo quedaban los huesos, que la jauría del criador roía gruñendo.

CAPÍTULO III



T iempo es ya de dar a conocer a la joven que se había ocupado en la cocina hasta entonces y que acababa de sentarse en la sala concluidos aquellos quehaceres. María era la hija mayor de Tomás, criador y dueño del rancho abundante de Matancita y quien se había casado muy tarde, es decir, pasado los cuarenta. Tenía diez y ocho años, y aunque no podía pretender un lugar eminente entre las hermosas, no por eso dejaba de ser una fresca y agradable joven. Su color era bronceado por la raza y por el sol, pero su cutis era fino y terso; sus pies y manos tenían la piel dura con los afanosos trabajos del campo, pero eran tan pequeños y finos; en fin, su talle te-

nía aquellas riquezas de formas que encienden en los viejos solteros los malos pensamientos, y que hacían de María una de esas muchachas que todos los días vemos y que tan agraciadas son.

Criada a catorce leguas de toda población que mereciera el nombre tan sólo de aldea, María no había visto por la incuria de sus padres, pues, ciudades, ni otros hombres que criadores y monteros. Las ideas en que había crecido eran una superstición sin el menor asomo moral, justo o injusto. Conservaba su inocencia, porque bajo la vigilancia continua de su madre ni era inducida ni podía cometer faltas. En esta vida semisalvaje, no aseguraría que la joven dejase de tener un corazón tan amante y ardiente como el de cualquiera señorita bien educada, pues sabido es que la educación no es la que engendra la constancia, ni son las ciudades las que poseen pechos de sentimientos delicados y duraderos, pero a lo menos María no había encontrado una persona que hiciese latir su corazón a la dulce palabra de amor ni que desarrollase su tal vez oculta sensibilidad.

Llególe por fin este momento con la aparición de Manuel en la casa. Hijo de un amigo de To-

más que lo mandaba a cuidar un rancho que poseía vecino al del criador, Manuel fue recomendado vivamente al cuidado de éste. Invitado a permanecer en la casa mientras fuese relevado, aprovechó ansiosamente esta oferta, porque la vista de María le había causado una agradable impresión, esta impresión fue prontamente trocada en un ardiente amor, que no encontró dificultades en ser correspondido. En las gentes de los campos, aparte esos seductores que dondequiera se hallan, existe una buena fe en el sexo masculino que no le deja entrever la posesión de una hija de familia honrada, sólo por medio del santo lazo del matrimonio. Así fue, que no bien se hubo convencido el joven de que era amado, cuando confió a su padre la idea que tenía de enlazarse con María, y su padre que estaba estrechamente unido por la amistad con Tomás, acudió gustoso y pidió para su hijo la mano de la joven, que le fue concedida.

Decimos que Manuel encontró facilidad en hacerse amar de María, pero no queremos dar una triste idea de la resistencia de la joven, porque aunque la larga resistencia de una mujer prueba

en nuestro concepto vanidad en prolongar la humillación de un hombre, mejor que virtud; no entra en los hábitos de las jóvenes criadoras esa coquetería y larga simulación que hace a una niña de la ciudad resistir a los ruegos del hombre que ya ama, dándose por excusa a sí misma, que el pudor no le permite confesarlo o que quiere probar la constancia del pretendedor; pobres muchachas que mal excusan la pérdida de un tiempo que malgastan, cuando la vida es tan corta y tan raros los momentos que se nos presentan de ser felices.

Entre criadores y monteros, los jóvenes se declaran el amor, primero con los ojos, como en todas partes, luego el hombre apoya fuertemente un pie sobre el de la mujer, y esto equivale a una declaración circunstanciada y formal; si la mujer retira el pie y queda seria, rehúsa; si lo deja y sonríe, admite; en este último caso se agrega —¿Quieres casarte conmigo?—, y si una necia risa acompañada de un bofetón le responde, trueca un anillo de oro o plata con ella y quedan asentadas las relaciones amorosas, pasándose a dar los pasos al matrimonio necesarios.

En el campo, donde las conversaciones a solas pueden ser tan frecuentes, un seductor hallaría todo el lugar necesario para la consecución de sus designios, pero esta libertad no es aprovechada por lo común del montero, que necesita salir de su estado normal para arrojar la timidez que se le redobra con el amor, y vestirse con esa capa de osadía que posee el hombre de mundo. El fandango es la arena de las declaraciones, pero aún para esto se necesita subir una escala a cuyo remate brota la declaración.

¿Y qué es el fandango? se preguntará. ¡Oh! que no se vaya a interpretar por el fandango andaluz o de otro pueblo u otra raza que no sea la de los monteros. El fandango no es una danza especial; el fandango son mil danzas diferentes, es un baile en cuya composición entran: un local entre claro y entre oscuro, dos cuatros, dos güiras, dos cantores, un tiple, mucha bulla, y cuando raya en lujo, una tambora.

Si queréis verlo os voy a conducir. Veis la sala, dos velas de cera parda pegadas a dos clavos la alumbran. En ese rincón donde más apretado está el grupo de hombres que ocupa la mitad del lo-

cal, apoyados en sus sables ora desnudos, ora en-
vainados, está la orquesta. Abríos paso y veréis:
primero, dos individuos, cada uno empuñando
con la siniestra una calabaza, delgada, retorcida y
surcada de rayas a una línea de distancia, mien-
tras que con la diestra pasean por las desigualda-
des de los surcos y al compás una pulida costilla
de jabalí; las calabazas son güiras, los que las tie-
nen músicos de acompañamiento y cantores:
ahora bajad la vista y veréis los verdaderos músi-
cos sentados en un largo banco con las piernas
cruzadas, cada uno trae un cuatro, instrumento de
doce cuerdas en que alterna bordones y alambres
y de sonido un poco bronco. Volved a salir al lu-
gar vacío que aunque estrecho nunca lo desocu-
pa un galán y una dama. La mujer se levanta sin
previa invitación y se lanza girando alrededor del
circo donde pronto la acompaña un hombre des-
tacado del grupo de la orquesta; ella va ligera co-
mo una paloma; él va arrastrando los cabos de su
sable y marcando el compás ya en precipitados,
ya en los lentos zapateos; la mujer concluye tres
vueltas circulares, y entonces avanza y recula ha-
cia el hombre que la imita siempre a la inversa en

aquellos movimientos, y aquí es donde él prodiga el resto de su agilidad y conocimiento de esta danza conocidos con el nombre de puntas. Tan pronto imita el redoble de un tambor como el acompasado martillo de un herrero, o por fin con más suavidad el rasgueo de las güiras. Por último, después de diez minutos concluya la dama con una pirueta a guisa de saludo, y el galán tira una zapateta en el aire y cae con los pies cruzados.

Este baile tiene algunas veces el nombre de Sarambo y otras de Guarapo, distinción apoyada en tan pequeñas variaciones que está por demás enumerarlas.

Una de las cosas más notables en estas danzas populares son los cantores, copia fiel, menos el arpa, de los bardos de la Edad Media. Poeta por raza y por clima, su facundia no tiene límites; empuña la güira e improvisa cuartetas y décimas que cambian a medida de los diferentes sentimientos que lo animen. Enamorado, sus coplas respiran comparaciones exageradas y alusiones directas para hacer conocer su cariño al objeto que lo engendra; alaba sus cabellos, su talle, sus ojos y hace sus declaraciones rimadas. Animado

por un espíritu pendenciero, entonces no puede cantar solo, es menester un compañero que responda las coplas que sabe, las que improvisa y las que glosa; esto se llama cantar en desafío. Según indica el nombre dado, los versos son una polémica que suscita: uno alaba su saber y el otro le contesta que es un asno; el primero replica con más fuertes palabras, y tales impropiedades en cabezas ya acaloradas concluyen en una zambra general de cuchilladas y sablazos, que hacen ir al otro mundo a muchos pacíficos, pero imprudentes espectadores.

Manuel, joven tímido, no podía prevalecerse de su introducción en la casa de Tomás para enamorar a María, pero en un fandango a que a pocos días de su llegada asistió la familia del criador, empuñó la güira y en versos mal o bien concertados dijo lo que sentía y pintó con tan verdaderos colores a quien iban dirigidos, que la niña advertida ya por las miradas del joven, y a pesar de su ignorancia, conoció que era ella la heroína. Después de esto Manuel dejó la güira, y acalorado por cuatro guarapos, tres sarambos y dos tragos de aguardiente, se aventuró a dar la pisada sacra-

mental que una bofetada castigó o más bien premió. Zanjada esta dificultad, las palabras y los anillos se cambiaron y pronto se ajustó el matrimonio.

Sin embargo, en medio de su recíproco cariño, nuestros jóvenes amantes olvidaban un personaje importante en sus amores. Juan entró de peón en la casa poco antes que llegara Manuel, y se ocupaba en este oficio, tanto cultivando la pequeña labranza del criador como en la caza de los jabalíes a provecho del mismo. El exterior de Juan, además de sus cuarenta años, no era propio para inspirar amor a una joven por muy simple que fuese, y así fue que enamorado de María sólo pudo lograr respeto y amistad en cambio de sus atenciones y obsequiosos servicios. En balde arrollándose las mangas de su chamarreta mostraba sus nervudos brazos y en agradable y cadencioso vaivén raía la yuca que daba el almidón y cazabe necesario a los usos de la familia. En balde en los fandangos improvisaba décimas, glosaba cuartetas dirigidas a la joven y sacaba a lucir los más difíciles zapateos de bailarín conocido, nada de esto conmovía a María, todo lo había echado en sa-

co roto nuestro amante; pero como el amor es un niño caprichoso que a veces vive de contrariedades, la indiferencia de María ponía cada día más enamorado a Juan, y ya se deja suponer la rabia que engendró en su pecho el mutuo cariño de los dos prometidos.

CAPÍTULO IV



Apenas la aurora sacudía su rubia cabellera en el Oriente precediendo al padre de la luz, cuando Juan y Manuel vestidos como el día anterior, cada uno con su perro tirado de los cabos de sus machetes y después de beber dos tazas de café, doblaban la punta de Matancita y emprendían su cacería a la orilla derecha del Nagua. Nuestros monteros caminaban silenciosos y sus perros trotaban a sus lados olfateando e inquietos: ya el sol doraba la cima del Helechal, cuando internándose en la espesura del bosque Juan hizo alto, y apoyándose en un tronco, dijo a su compañero:

—Anoche porque estábamos entre casa y por-

que oyera una persona que no eres cobarde, te pusiste a decir palabras que me disgustaron y que deseara saber si eres capaz de repetir en este sitio.

El tono insolente de estas razones no dejaron duda al joven de que Juan lo había querido acompañar para batirse, y como uno de los lados más sobresalientes del montero es ese valor que no consulta y arriesga su vida por un sácame allá esas pajas, Manuel contestó con dureza:

—Juan, usted es mayor que yo en edad y debía respetarlo, pero ya hace unos días que estoy cansado de sufrir sus maneras y sus majaderías, por consiguiente no me desdigo de lo de anoche. Ni a usted ni a nadie tengo miedo, y si lo duda, el paraje en que estamos es bueno para probarlo.

—No te apures, chico, conozco el sitio y tanto, que debes haber conocido que si te acompaño es para lo que de aquí a un poquito puede pasar. Sin embargo, antes de llegar ahí, quiero ponerte una cosa: vamos a pelear ahora mismo, pero si quieres que sea tu amigo en lugar de enemigo, deja ese casamiento, vete donde tu padre, y te prometo...

—Basta... ¡está usted loco! que deje yo mi matrimonio con María, primero difunto; ya sé que usted me busca pleito porque ella no le ha querido corresponder, y usted debía conformarse en lugar de buscar riñas; por lo demás, yo estoy dispuesto a pelear, y así...

—Así que no se hable más del asunto, saca tu machete y adelante para ver si eres hombre.

Diciendo esto, Juan con grande ira por las respuestas del joven, desenvainó y arremetió contra Manuel que ya con el suyo desenvainado lo esperaba.

Durante dos minutos los hierros echaron chispas y los cabos del de Juan se enrojecieron por una herida que recibió en la muñeca; esto avivó más su coraje, y descargando un recio mandoble sobre el cráneo de su contrario, lo derribó.

El montero es generoso, y aunque le falta aquel tinte de saber vivir que hace al hombre civilizado acompañarse de un testigo y un cirujano en sus desafíos, no por eso en cuanto su enemigo cae deja de socorrerlo o de avisar en su socorro, pero esta vez no sucedió así. Juan quería matar a Manuel porque juzgaba que impediría el matrimonio y ha-

ría olvidar a María aquel que tanto amaba, haciéndose querer él, cuando el tiempo hubiera totalmente apagado su recuerdo. ¡Qué raciocinio el de los monteros enamorados necios!

Juan acosado por los celos tenía ganas cuando vio el joven en tierra de acabarlo, y lo hiciera si un ruido que venía de la maleza no lo disuadiera, entonces creyendo que eran monteros que discurrían por la selva en pos de caza y que podían verlo, envainó apresuradamente su machete y escapó con toda ligereza de que era capaz.

Manuel, aturdido por el furioso machetazo, se desangraba; su perro que en la prisa de venir a las manos había quedado engarzado en la vaina del machete durante el combate, presintiendo una pieza, tiraba de su pobre amo y olfateaba en dirección del ruido que había puesto en fuga a Juan, en fin, el ruido aproximándose, apareció un jabalí, el mismo que el día antes amo y perro habían perseguido infructuosamente: ¡extraño efecto de la casualidad que el que había querido matar le salvase la vida! A la vista del animal, Manzanilla tiró con más fuerza y empezó a ladrar con furor. Séase que el aturdimiento se le hubie-

se pasado, séase que los tirones y los ladridos de su perro lo sacaron de él, Manuel abrió los ojos y pudo sentarse. Viéndose solo, bañado en sangre y en tan triste estado, la palabra "ruin" se escapó de sus labios, pero haciendo un supremo esfuerzo logró levantarse, y con paso tardío, chorreando sangre y parándose de rato en rato para cobrar aliento, se dirigió a casa de Tomás.

Tenía dos leguas que salvar y más bien lo sostenía su valor que sus fuerzas; luego un recuerdo lo aguijoneaba, porque si se detenía la muerte podía ampararse de él antes de que se viera unido a la que tan cara le era y que tan bien pagaba su amor; este pensamiento lo acosaba, y maldiciendo al autor de su desdicha, procuraba avanzar, a pesar de que sus fuerzas lo abandonaban. Por último, sintiendo estar próximo a caer, se sentó, quitóse el pañuelo de la cabeza, exprimióle la sangre, y aún todo empapado procuró doblarlo como un vendaje, pero un desmayo lo tendió de nuevo por tierra.

CAPÍTULO V



El sol de mediodía dardeaba sus abrasadores rayos sobre el bohío de Tomás; el criador se columpiaba suavemente en su hamaca fumando su pipa; María, concluidos sus trabajos de cocina, se ocupaba en coser una chamarreta de uno de sus hermanitos, sentada sobre el quicio de la puerta del aposento; los niños jugueteaban debajo de un frondoso naranjo que a diez pasos del bohío había; Teresa con una rueca hilaba la costura de María; en fin, todos hacían la siesta conforme a su gusto y hábitos.

—María —dijo Tomás, arrojando una bocanada de humo que subió ligera y se dilató en el aire—, Juan y Manuel debieron salir muy temprano,

puesto que no los oí partir.

—Sí, señor, todavía las gallinas no se habían apeado del palo, cuando ya ellos habían bebido café y partido.

—Yo creo —volvió a decir Tomás—, que el jabalí no se escapará esta vez como ayer; ambos son buenos monteros, y será preciso que haya desaparecido para que mañana no lo salemos.

La joven no respondió, porque volvió rápidamente la cabeza hacia Manzanilla que acababa de pararse jadeante en medio de la sala; sin duda esperaba verlo seguido de su amo, pues su vista tornó a la puerta y su oído prestó atención a los ruidos exteriores.

—Nuestra gente vuelve pronto —dijo Tomás—, he aquí a Manzanilla, compañero inseparable de su amo, que ya había llegado.

Pero el perro en lugar de arrinconarse como acostumbraba en las raras ocasiones que precedía de algunos momentos a Manuel, se puso a tirar de la ropa al criador, parándose de cuando en cuando en esta operación para mirarlo y después volver a repetir.

Tomás, impaciente mejor que admirado de la

extraña conducta del perro, y viéndolo hincar los colmillos a través de las redes de la hamaca en sus pantalones, principió a enfadarse, hasta que incomodado por la nunca usada insistencia del perro, dióle una patada diciendo: –Quita allá... Habráse visto cosa semejante... Querer hacer trizas mis calzones... bonito estás para retozo... marcha a acostarte. Pero el perro en lugar de obedecerle ni quejarse por tan duro tratamiento, principió a ejercitar iguales maniobras con María.

–Padre –dijo ésta–, qué tendrá Manzanilla; véalo como me tira de la ropa, y Manuel que lo trae siempre a su lado hace una hora que no llega.

Tomás en lugar de contestar a lo que él creía preguntas pueriles de su hija, se tendió cuan largo era en la hamaca y empezó de nuevo a despedir bocanadas de humo.

–Madre, repare usted a Manzanilla –dijo María a Teresa.

–Sí, hija, lo veo, pero no atino por qué te inquietas por sus halagos.

–Madre, alguna cosa puede haber sucedido a Manuel, tal vez ha quedado herido por algún jabalí entre el monte. Levantándose después y con

esa intuición de las personas que aman bien, continuó con vehemencia: —Manzanilla nunca lo abandona y se aparece aquí sin él, y luego estos tirones que me da como para indicarme el peligro de Manuel...

—Voto a los diablos, María que niña eres —dijo Tomás, interrumpiendo a Teresa, que procuraba consolarla, y quitándose la pipa de la boca y sacudiendo en el suelo las cenizas que quedaban en el fondo; —bien puedes decir —prosiguió, sacando una vejiga de vaca repleta de tabaco picado y volviendo a llenarla—, bien puedes decir que eres la muchacha más tonta que se conoce. Dime ¿cómo puedes creer que Manuel esté según imaginas, si tiene a Juan por compañero?

Estas palabras al parecer razonables no consolaron a la joven; por el contrario, siguió en su mente otra idea que le despertó mayores temores que Manuel aumentaba con su insistencia.

—Padre, usted puede tener confianza en Juan, pero yo no la tengo, y soy capaz de apostar que a Manuel le ha sucedido algo.

—¿Y por qué no tienes confianza en Juan, acaso es malo o te ha dado motivos para que des-

confíes de él?

María sólo respondió con una mirada suplicante que dirigió a Teresa y que ésta comprendió.

CAPÍTULO VI



Debemos advertir que Tomás nada sabía de unos sentimientos que Juan le había ocultado cuidadosamente, esperando en conquistar primero el cariño de su hija para después declararlos, mas esta ignorancia no se extendía hasta la madre que adivinando con la perspicacia de su sexo el amor de Juan, había interrogado y recibido las confidencias de la niña sobre el disgusto que le causaban las persecuciones amorosas del peón, así fue que comprendiendo por la mirada de su hija, los temores que abrigaba, dijo:

—María tiene razón, Juan no es la mejor compañía que Manuel puede tener, y no sería de ex-

trañar que los dos cruzasen en el monte palabras que hayan concluido de mala manera para el muchacho.

—¿Y por qué lo supones así, Teresa? —replicó Tomás.

—Dígolo —contestó la vieja, queriendo ocultar la verdadera razón—, porque si mal no me acuerdo, anoche Juan trató de cobarde a Manuel, y ya iba a querer pelear cuando tú interviniste.

Aunque medio convencido, el criador exclamó: —¡Qué locura! Sólo en cabeza de mujeres pueden haber tales ideas y temores. Ea, María, dá, como hice yo, una buena patada al perro y verás como te deja.

Pero María en lugar de obedecerle se levantó exclamando:

—Padre, por Dios, hágame el favor de salir con Manzanilla a ver dónde él lo dirige y procure buscar a Manuel.

Las grandes convicciones tienen una fuerza irresistible, y aunque el criador era idólatra de su siesta, el tono angustiado, la vehemencia con que su hija le hizo súplica y el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior, pudo más

que sus ideas de holganza. Por tanto se levantó, y descolgó de un clavo su machete, se lo amarró y salió fuera palmoteando sobre un muslo y diciendo: —Aquí, Manzanilla, aquí. —El perro dio dos brincos, y cogió trotando la delantera.

Dijimos que el sol estaba en mitad de su carrera y sus rayos ardientes cayendo a plomo sobre la cabeza poco resguardada de Tomás, le hacían acelerar el paso; el perro volviendo la cabeza de cuando en cuando como para ver si era seguido, doblaba el trote, sin tergiversar ni detenerse.

—¡Hum! Iba diciendo Tomás, enganchándose en el nudo del pañuelo la pipa que acababa de sacudir otra vez con la paloma de la mano, —María puede ser tenga razón, Manzanilla no dice por aquí voy, por allí iré y sigue derecho como un huso. Diablo, diablo. Sin embargo, es un poco lejos y el sol me tuesta un poquillo. ¡Eh! Manzanilla, coge el galope, si creará que estoy para imitarlo; pero se para y ladra, si no me engaño voy a certificarme de quién tenía razón, María o yo.

El perro, como decía el criador, acababa de pararse, y éste lo vio olfateando el cuerpo de un hombre tendido en la arena del mar. Tomás ha-

biéndose acercado conoció a Manuel, pálido, yerto y empapado en sangre ya coagulada formando capas en su piel y vestidos.

—Por todos los santos de la corte celestial —exclamó, levantando la cabeza del pobre mozo y viendo la horrible herida que en ella tenía—; esto no fue jabalí, fue hombre; ah, canalla de Juan, qué buenas obras haces y cuánto no diera por tenerte frente a frente en este momento, para que pagaras la muerte del hijo de mi amigo y esposo de María—; luego, sintiendo un casi imperceptible movimiento del herido, añadió: —Alabado sea Dios, no está muerto y tal vez volverá en sí dentro de un rato, pero yo solo, no sé como haré para cargarlo, porque esperar que este pobre mozo pueda valerse de sus pies por el momento es pensar que ahora es de noche. Lo mejor será, —agregó, después de una espera—, quitarlo de este sol que abrasa, ponerlo debajo de aquella guama, y esperar que con la frescura recobre sus sentidos, para yo ir al Juncal a buscar a mi compadre Feliciano y otros que me ayuden a conducirlo a casa.

Mientras esto decía, Tomás cargó lo mejor que

pudo el descoyuntado cuerpo del joven y lo depositó debajo del árbol; este cambio de temperatura produjo una reacción, y a poco rato dio señales de vida, abrió los ojos y aunque la vista se la tenía apagada la debilidad por la sangre perdida, pudo conocer a Tomás que esperaba ansioso esta muestra de vitalidad.

—En fin, gracias a Dios, abriste los ojos. Te aseguro que hace años no había pasado un susto semejante; hace tanto rato que estabas como muerto que ya creía lo fueras de veras; pero yo no puedo hacer nada solo en el estado en que te hallas, y por tanto procura sacar fuerzas de tu flaqueza para no caer en otro desmayo, mientras transcurre el tiempo suficiente para yo ir al otro lado de la boca del río a buscar ayuda.

Después de esta extraña recomendación propia de un montero, Tomás pasó la boca, tomó una vereda entre uveros y majaguales, y llegó a uno de los bohíos del Juncal, donde un hombre como de cuarenta y cinco años estaba en la misma posición que el criador, antes que los temores tan fundados de María lo hicieran venir a socorrer a su futuro yerno.

—Compadre Feliciano —dijo, llegándose sin más preámbulo al acostado, vengo a pedirle el favor de ayudarme a cargar a Manuel que he encontrado mal herido del otro lado de la boca.

Feliciano quiso interrogar, pero Tomás lo detuvo.

—El caso pide urgencia, compadre, y como los dos no podremos cargarlo, mientras yo voy a requerir más gente, vaya usted preparando una hamaca donde podamos acostarlo.

—Bien, vaya usted, compadre.

—Hola, procure también preparar una botella para los cargadores, pues usted debe reparar que el sol arde y hará sed en el camino.

—Pierda cuidado, compadre, a mi cargo queda.

Tomás volvió al cabo de diez minutos acompañado de cuatro monteros que había reclutado en los bohíos circunvecinos, y encontró a Feliciano ya preparado: la hamaca amarrada a dos gruesas varas a guisa de litera, y una botella de aguardiente de caña debajo del brazo.

—Compadre —decía Feliciano, luego que se pusieron en ruta—, usted me cogió tan de susto, que no tuve lugar de preguntarle cómo había sido he-

rido Manuel y quién lo hirió.

—A nada de lo que usted pregunta puedo contestar, porque nada sé y sólo hago suposiciones. Sin embargo, puedo decirle que esta mañana salieron Juan y Manuel a montar, y que hará poco más de dos horas que Manzanilla se nos apareció en casa, y tanto brujuleó y tiró de la ropa a María, hasta que a la muchacha se le puso que su novio estaba en peligro haciéndome venir en su busca, y tan poco se engañó la chica, que estuvo usted a pique de asistir al entierro de él, en lugar de servirle de padrino en sus bodas.

—¡En verdad, compadre, que usted me admira! Un perro tener la inteligencia de buscar socorro para su dueño.

—Tan la tiene que aquí me trajo y él se quedó al lado de Manuel.

Y así era, el admirable instinto del perro parece había previsto que si Tomás lo abandonaba a su amo, era momentáneamente para buscar ayuda, y como un centinela en su puesto, había aguardado al lado de Manuel.

Habiendo llegado Tomás y su comitiva, hallaron al joven en todo su conocimiento, pero en tan

gran debilidad, que no podía mover un brazo; cargáronlo y tendiéndolo en la hamaca, apoyaron cuatro de ellos las varas sobre sus hombros dirigiéndose a casa de Tomás.

A medida que los cargadores eran relevados en las dos leguas que habían de andar, Feliciano tenía cuidado de mojarles la garganta con un buen trago que el aficionado empinaba ad libitum boca con boca de la botella agarrado, y como a todos les llegaba su turno, él no dejó de ser uno de los que más largo rato estuvo haciendo puntería a las nubes, sólo que el disparo salía a la inversa, y el fuego líquido pasaba a la digestión del honrado padrino del herido.

CAPÍTULO VII



Sin querer ahora describir el dolor de María, las exclamaciones de Teresa y el espanto de los niños cuando la litera entró en el bohío, pasaremos a dar rápidamente algunas explicaciones, no sobre el instinto del perro en venir en busca de ayuda para socorrer a su amo, porque este instinto, aunque muchas veces se ha probado en circunstancias idénticas, no por eso ha sido explicado por fisiologistas y filósofos, pero diremos que Manzanilla luego que por segunda vez vio caer a su amo, aguardó a que se levantase, viéndolo no hacer movimiento, tiró en varios sentidos la lazada que lo prendía, y como ésta consistía simplemente en dos vueltas alrededor de la vaina, pudo des-

prenderse y corrió hacia la casa.

Cuando Manuel cayó nuevamente aún brotaba la sangre, pero pronto se coaguló y cerro los bordes de la herida; esto fue lo que salvó su vida expuesta tanto por la violencia del golpe como por la hemorragia.

Una herida entre monteros, por grave que sea, no es cosa para dar mucho quehacer a los facultativos, se entiende a sus facultativos. El cirujano del montero es su mujer, otro montero vecino, o cualquier otro allegado: cuatro o cinco puntadas para formar la sutura y un paño empapado en aguardiente alcanforado es toda la cura, sancocho de tocino es el alimento, y para eterna vergüenza de los inventores de bálsamos y de Mahoma que prohibió el tocino, los resultados obtenidos son los más concluyentes en abono de este método.

Manuel estuvo quince o veinte días cuidado por María con una solicitud de madre. León Guzmán, su padre, que había llegado a la noticia de su herida, viéndolo enteramente restablecido y observando el desvelo y afecto de la niña, activaba el enlace proyectado; esto originó una gran

porfía entre Tomás y él. Cada uno quería que después de las ceremonias religiosas fuesen celebradas las bodas en su casa, y la porfía no tuviera fin con los fundados alegatos que cada cual exponía, si el compadre Feliciano presente a ella no interviniese declarando: que como padrino le tocaba el gasto, que bajo este concepto engordaba exprofeso un lechón y su mujer preparaba las cajetas de conservas de naranjas y piñonate necesarias, y que no era razonable que le hicieran el desaire transportando las bodas más lejos, cuanto más que un viejo que vivía con él, renombrado en asar lechones, era el encargado de prepararlo, y que dicho viejo podría a lo sumo venir a casa de Tomás, pero no tan lejos como a casa de León. Estas razones cortaron la cuestión y fue decidido celebrar las nupcias en casa de Tomás.

Pronto todo está de fiesta en ésta. El depósito de calderas, cucharas, jarros y otros utensilios que estaban debajo de la cama sale a ver la luz del día, pero esto no bastará a la multitud de convidados, y otros tantos depósitos de otros tantos amigos se le agregaban. Teresa no puede acompañar a los novios al pueblo, y se queda prepa-

rando el recibimiento que se les hará a la vuelta. Amaneció el gran día y desde el alba llega el padrino, la madrina y a poco el acompañamiento se acerca, de dos en dos, de tres en tres, todos vienen a caballo, porque no es paseo y sí una jornada de catorce leguas que se va a hacer. Los hombres vienen de gala, sombrero de fieltro o yarey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hileras de botones de metal y zapatos de cordobán a cuyos talones están calzadas espuelas de sabañeros. Los jóvenes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos, enganchadas por precaución detrás de la oreja, una pipa de corto tubo, pero todos vienen en sillas un poco decrepitas cuyas fundas dejan relucir la cabeza de una o dos pistolas dedicadas, no a la defensa del individuo, porque el largo sable que cada convidado tiene en la cintura pendiente de un blanco cinto de algodón tejido por manos criadoras, basta a la de cada cual, pero sí para alegrar la fiesta disparándolas a la salida o entrada del pueblo y de la casa. Las mujeres están vestidas de muselina o zarazas, van a horcajadas sobre aparejos primorosamente trabajados con embutidos de grana y

llevan los pies zambullidos en árganas de yarey finamente tejidas; para resguardarse del sol se cubren con gorras de fieltro hermoseedas con plumas prendidas a una hebilla dorada o con sombreros de yarey sin atavíos. La novia y el novio sólo se distinguen de los demás en que los arreos del caballo de la primera son más ricos de embutidos y borlas de pita, y en llevar el segundo un sable de vaina de cobre. En resolución todos están contentos, todos han hecho honor al desayuno preparado por Teresa, y todos se despiden en medio del humo de una salva general de pistoletazos.

Cuando hubieron pasado el Nagua, Feliciano se volvió a los hombres de la comitiva diciéndoles:

—Caballeros, debemos estar todos reunidos a las cuatro de la tarde en el Alto de las Jabielas para entrar en el pueblo en orden; lo aviso a los que quieren correr y a los que van despacio para que procuren encontrarse.

Dicho esto, los viejos se quedaron atrás y los jóvenes galoparon delante; los novios se quedaron en medio de los primeros, porque aunque jóvenes el lazo que les iba a unir y el contento que sentían

bastaban para no necesitar el suplemento de animación que en la carrera buscaban los primeros; además la medida sienta bien en semejante circunstancia, y por esto lentamente pasaron los cincuenta y dos pasos del Nagua y los insondables fangos de los Fernández, Factor y la Bajada.

Los primeros crepúsculos de la noche habían invadido el horizonte, cuando la pequeña caravana en gran completo se hallaba reunida en el lugar de la cita. Los hombres cargaban sus pistolas, las mujeres, entre las que había algunas con niños de teta por delante, se arreglaban la gorra, el pañuelo, los pliegues del vestido con esa minuciosidad e imponderable gracia que toda hija de Eva pone al presentarse como blanco de muchas miradas.

—Compadre Feliciano —dijo Tomás—, ¿daremos la pavoneada o nos vamos directamente a la posada?

—La pavoneada, compadre; un desposorio cual éste debe enseñarse en todas las calles. Oíd, señores —continuó, dirigiéndose a todos—, preciso es arreglarnos para la pavoneada.

Los hombres se dirigieron en dos filas y las

mujeres en pelotón compacto.

La pavoneada es un paseo que por dos o tres calles da un desposorio para enseñarse; la pavoneada, como bien dice su nombre, es, pues, muy semejante a la rueda que hace el pavo, cuando abriendo la cola y contoneándose, alarga el moco e irgue el cuello, a la verdad nombre más exacto no se verá, puesto que lo que muestran los más de estos desposorios se parece poco más o menos a lo que exhibe el pavo.

La comitiva se había puesto en marcha otra vez, y el compadre Feliciano que la capitaneaba iba tan embebido en arreglar los muelles roídos de orín de una de sus pistolas que se había descompuesto, que no reparó a su caballo bajar por un barranco de la Quebrada Grande, en cuyas fangosas aguas no dilató en caer, quedando enlodado de arriba abajo. Este accidente causó la risa de toda la compañía, y Feliciano creyendo que se hacía burla de él, empezó a jurar, pero Tomás lo apaciguó y tornaron a andar entrando en el pueblo antes de anochecer, en el mismo orden de fila y pelotón.

Una cabalgata es en todas las poblaciones pequeñas un motivo de curiosidad, aunque a decir verdad pocas cosas dejan de ser curiosas en este mundo, donde cualquier futilidad presta campo, tanto al que la ve superficialmente, como al moralista o filósofo que la examina desnuda y analiza ya remontando, ya bajando a su origen y efectos. Nuestra cabalgata no se le podía atribuir otro origen, sólo la vanidad de mostrarse a ocasión de un matrimonio, y si un filósofo disecándola de la alegría que en todos los rostros rebosaba hubiera profundizado hasta el remate sus cálculos tal vez no se hubieran concluido en las dulzuras y pesares del himeneo; la compañera tal vez dulce y amable, tal vez agria y tormentosa pasada la luna de miel, los cuarenta mil y pico de gritos, sollozos y mimería de la prole, las ingratitudes, disputas de los hijos grandes, etc., y quién sabe hasta dónde hubiera llegado en esta progresión matemática, sordo a la voz de su razón que interiormente debía gritarle: —Tanta vanidad hay en ti calculando esas probabilidades, como en esos que dan la pavoneada por sólo enseñarse.

Todo el pueblo salió a las puertas en cuanto resonó la salva de entrada para ver a los novios, pero como el objeto del paseo era puramente mostrar la andadura de sus caballos y la gracia de los jinetes, en cuanto al parecer lo hubieron logrado, fueron a desmontarse sin más averiguación en la casa de un amigo del padrino que se había escogitado por posada.

Amaneció el día siguiente y concluidas las ceremonias de uso, nuestros casados salieron de la iglesia. Al entrar en la casa donde ya un copioso desayuno los aguardaba, todos los del acompañamiento repitieron la salva y unos hubo tan acalorados por el humo, el ruido y sendos tragos que habían envasado, que tuvieron por galañtería disparar debajo de la mesa sus pistolas, que al ser disparadas en medio de damas de nervios delicados, a muchas hubiera sido necesario hacer respirar doble agua de Colonia; peripecia fue ésta que no tuvo lugar entre nuestras campechanas acostumbradas a golpes más rudos para conmovirse y por esto a poco rato la cabalgata salía del pueblo en la misma forma que cuando la entrada.

No todo el acompañamiento iba firme en los estribos, pero no hubo accidente desgraciado que deplorar en la jornada que tuvo fin en los Hernández donde hizo noche en casa de dos monteros amigos de Feliciano.

Los primeros rayos del sol en una mañana apacible sorprendieron a nuestra gente desembarcando en la dilatada playa de Matanzas. Era un bello espectáculo ver este grupo, verdadero tipo de los monteros en disposición de divertirse, serpenteando al galope en los mil recodos de esa inmensa ensenada; ver a los hombres encaminar los indóciles brutos por medio de la ola que expiraba a sus pies; ver las catorce leguas de la bahía alumbrada por ese sol de las regiones intertropicales; ver por fin las ya cercanas, las ya lejanas elevaciones líquidas, que uniéndose y renovándose continuamente, al estrellarse en la orilla hacía aparecer una franja perpetua de blanca y bulle espuma.

—Atención, caballeros, es preciso detenernos aquí a cargar las armas —dijo Feliciano, viendo ya cerca la casa de su compadre—, alcanzo a ver mucha gente que nos aguarda en la puerta, y es pre-

ciso mostrar que entramos como hombres a quienes no hace falta la pólvora, cuando acompañamos a los amigos en ocasiones como ésta.

Todos cargaron, menos quien lo hacía hacer, porque su pistola acababa de perder, de puro gastado, el tornillo que sujetaba el cañón a la carcomida caja; sin embargo, para no quedar avergonzado de esto que él llamaba desgracia en tan excelente arma, la empuñó de manera que no se desprendieran las dos partes. A la descarga general que se hizo al poner pie a tierra, Feliciano arrojó con disimulo a diez pasos el cañón y quedó con la caja en la mano diciendo:

—Aviso para los que cargan demasiado sus pistolas, la mía llena hasta la boca por poco me mata, el cañón voló con la fuerza del tiro, vean, fue a parar a diez pasos.

Todos lo creyeron y todos se admiraron, y él con la mayor sangre fría recogió su cañón, mientras tanto Teresa abrazaba con efusión la hija de quien pronto iba a quedar separada, y los convidados entraban en el bohío.

CAPÍTULO VIII



La sala de éste presentaba un aspecto muy diferente del que antes describimos. La misma rusticidad de construcción, pero con todas las mejoras y atavíos que el lugar podía dar. El suelo antes quebrado, irregular y seco, estaba liso, húmedo y cubierto con una capa de menuda arena. La pirámide de jigüeras, las calabazas y bateas habían desaparecido, y en su lugar estaban colocadas sólidas y bajas barba-coas que servían de bancos al acompañamiento. En medio de la sala cuatro mesas de otros tantos vecinos se alineaban cubiertas de blancos manteles y sobre ellas se ordenaban hileras de platos, interrumpidas de tres en tres por una cu-

chara y un tenedor de plata o de acero; el cuchillo siendo mueble inútil porque cada cual carga siempre uno para servirse, estaba excusado. En resolución todo anunciaba que se iba a servir una comida si no exquisita, a lo menos abundante y en armonía con los robustos estómagos que la iban a digerir.

Probábalo además la perspectiva interior de la cocina, donde acababa de darse la última mano a los guisados por un enjambre de pobres monteras transformadas en cocineras, pero a quienes este oficio no privaba de participar a todos los regocijos de la fiesta. En medio de ella descollaba el lechón del compadre Feliciano, grueso animal que podía pretender mejor el título de jabalí por su tamaño que el modesto con que su propietario lo revistió. El viejo anunciado para guisarlo, anciano de perpetuas soletas, daba vueltas al asador de guayabo en que estaba espetado, descansando sobre dos horquetas del mismo palo al ardiente calor de un montón de brasas encendidas. La grasa chirriaba al caer en las ascuas y el pellejo había adquirido ese color dorado que prueba tanto lo bien cocido como lo esponjoso y

delicado. La batería de ollas y calderas en que andaban las ya dichas cocineras, despedían el humo de diferentes manjares. Aquí una enorme cazuela hervía aún después de ajoeada con el sabroso sancocho. Allá una gran caldera recibía el negro y aromático licor que tan agradable es después de comer. Acullá, en una hornalla, especie de hornete descubierto, se veía un semicírculo de plátanos medio maduros, ya tostados y cocidos por el calor de las paredes donde yacían. El cazabe que hacía un peón en un burén ayudado de su paletilla y de la concha de tortuga, el arroz, las gallinas ya adobadas, todo, en fin, denotaba el principio del banquete.

La mesa se cubre de manjares, el lechón es trinchado en una yagua verde y fresca, y los convidados se sientan alrededor de la mesa colocando a la cabeza los novios, padres y padrinos; pronto al silencio que guardaban las personas que satisfacen el hambre, sucedió la bulla y la algarazara. Los vasos son chocados con brío, las botellas circulan con velocidad en medio de las risotadas y rudos cumplimientos, entre los que sobresalen algunos muy directos, son dirigidos a los re-

cién casados.

Después del banquete cada uno trata de asegurar, si no lo ha hecho antes, un buen pasto a su caballo; esto fue también lo que hicieron nuestros convidados echando sueltas a los suyos en medio de la abundante yerba que en el cercado había.

Siendo ya tarde, los ordenadores de la fiesta, Feliciano y Tomás, organizaron el fandango con que se debía dar fin muy entrada la noche a la función. La llegada de los músicos, requeridos de antemano, facilitó la ejecución, y a las cuatro de la tarde ya estaba en pie con dos cuatros, un doce, un tiple, tres güiras y una tambora.

Todo iba a las mil maravillas; eran las once de la noche, se habían bailado algunos sarambos y guarapos y se estaba castañeando en las ondulaciones de un fandanguillo, cuando en medio de las bambas se oyó un sonido ronco, cual el gruñido del puerco y el balido del ovejo, con esta modulación: brrum, y en medio del grupo de cantores, músicos y bailadores, apareció la figura bien conocida de Juan.

—¿Quién roncó ahí? —saltó la voz de Feliciano, al cual no se le escapó la intención hostil de que

estaba impregnada—. Pregunto a todos, señores —dijo, abriéndose paso en medio de los bailarines—, porque nuestra diversión no es para armar quimeras, sólo para celebrar el matrimonio de mis ahijados y debemos procurar que concluya en paz.

—Viejo Ciano —dijo el recién llegado—, quien roncaba era yo, y si lo hice fue porque me dio la gana.

—¿Qué es eso? —dijo, asomándose Tomás por entre el grupo—, basta, Juan —continuó conociendo la causa del alboroto—, lo que hiciste te lo he perdonado y esperaba no volver a verte, pero ten en cuenta que hay otras personas a quienes ofendiste que no son tan cristianas como yo, y que viéndote recordarán lo pasado, recuerdo que no será grato y...

—¿Qué hay? ¿Qué hay? —dijo Manuel, acercándose también— ¡Ah! es Juan... mi sable... mi sable.

—¡Señores, por Dios! —gritó Feliciano dirigiéndose a todos los concurrentes que solícitos andaban por los rincones buscando sus armas—, señores, que todo se apacigüe.

Súplica inútil, la zambra se había armado,

las mujeres corrían despavoridas al aposento, su refugio en estos casos, y los hombres empezaron a tirarse tajos y reveses tan multiplicados, que sólo se oía el choque del hierro contra el hierro, las velas caían tronchadas al suelo y pisoteadas se apagaban; la sala en este estado, los combatientes se dirigían y asestaban medio a oscuras todos los golpes. Feliciano no halló su sable, pero arrinconado a uno de los ángulos de la sala, se guarecía de los sablazos con un banco; los músicos encaramados en sus asientos, veían sus güiras y sus cuatros volar en astillas, y en medio de toda la gresca cada uno vomitaba los juramentos o exclamaciones que más habituales le eran.

Manuel, abrazado estrechamente por María, se desesperaba al ver a Juan tirando sus tajos y reveses a diestra y siniestra; pesábale a nuestro joven novio no ser el que estuviera midiéndose con el antiguo peón para vengar la herida recibida tiempo atrás, forcejeaba por desasirse de ella y los miramientos que ponía al ejecutarlo se lo estorbaba, hasta que un nuevo incidente ocurrido en la pelea le hizo exclamar:

—¡María, déjame, mira que es tu padre que se mide con Juan!

A estas palabras la joven dejó caer sus brazos y Manuel pudo escaparse. Pero era tarde, aún no había dado dos pasos, cuando un hombre rodó por el suelo acogotado.

Era Tomás.

Cual un enjambre de ranas que a un brusco estruendo cesan en sus graznidos, se escabullen en sus escondrijos y se sepultan en el más profundo silencio, así nuestros contendientes cesaron su pelea y cayeron en el más profundo estupor, no sólo al reparar el resultado de la pelea, sino la persona que había caído.

Mas este silencio fue de corta duración, y le sucedió de pronto el tumulto de la reunión que en masa quería ayudar a Manuel que levantaba el cuerpo de Tomás.

María, Teresa, y con las mujeres escondidas en el aposento, no podían juzgar lo que pasaba; sin embargo, el extraño silencio que sucedió les hizo suponer algún accidente desgraciado y se determinaron a salir; mas ¡qué espectáculo vino a herir la vista de entrambas a la vacilante llama de la única

vela que quedaba!; el cuerpo exánime de un padre y esposo tan querido, cargado por los monteros. Cogidas así imprevistamente por tal desgracia, arrojaron gritos dolorosos y vinieron a caer sin sentido al cuerpo del criador.

—¡Qué linda noche de bodas tienen nuestros amigos! —dijo un vecino de Feliciano, mientras Manuel acomodaba el cuerpo expirante de su suegro en una cama—, ¡y qué golpe tan cruel hierre esta familia en el momento que creía ser tan feliz!

—Por mi parte —dijo otro que al lado se hallaba y era joven y soltero—, soy de opinión de suprimir el fandango el día que me pase por el magín casarme.

—¡Qué demonios! —replicó el primero—, ¿cree usted que estas desgracias estén anejas al fandango? Entonces cada fandango supondría un homicidio.

—No lo digo por tanto —repuso el segundo—, pero mi parecer es que en cada fandango hay camorra, y apostaría mi cabeza que si la fiesta hubiese concluido en el almuerzo, no estarían ahora la pobre Teresa, Manuel y María llorando

al pie de aquella cama.

—Para evitar esto es que está instituída la policía rural —dijo un tercero que pasaba por el doc-to del lugar—; para evitar esto se han establecido los capitanes de partido, comisarios y demás agentes de la fuerza municipal, porque no se puede prohibir que el hombre se divierta ni tolerar que se asesine, así nada impide que un fandango se haga, pero también a quienes está encomendada la represión de los desórdenes, debían impedir escenas como la presente, y si a pesar de sus esfuerzos se desatiende en el calor de la pelea a su autoridad, debieran a lo menos apresar el homicida y entregarlo al rigor de la justicia.

—Y eso es precisamente lo que no ha sucedido ahora —volvió a decir el joven—, porque quien mató a Tomás fue Juan y de éste no veo ni el polvo.

En efecto, Juan, no bien cayó Tomás, cuando aprovechándose del estupor general, se había escapado sin que nadie lo percibiese.

Si las proporciones de estos pequeños episodios no fuesen tan mezquinas y si nuestras luces pudieran llegar a la altura que la materia requie-

re, sin duda esto sería materia de una disertación político-filosófica muy grave y de serias consideraciones, porque ¿qué tristes no son las innumerables desgracias que resultan de las pendencias en los bailes de estos campos? ¿Qué triste no es ver un padre perder un hijo, una esposa a su esposo, todo por el más fútil motivo, por una modulación más o menos gutural, por una copla a la que no se ha podido contestar, y digámoslo, empero, a la gloria y honor de los monteros, no es su naturaleza pendenciera que lo arrastra; no es un instinto feroz de destrucción que lo guía, pues son corderos, en tanto que no son excitados; pero sí, dos agentes que él mismo no conoce y un hábito cuya trascendencia él ignora.

La tradición, al aguardiente y el tener siempre un sable a su lado.

La tradición es la espuela que anima al joven a empeñar una pelea general por cualquier niñada. Si la civilización ha dulcificado las costumbres del hombre en Europa, los de estos campos sin semejante modificador, están aún en los primitivos tiempos del descubrimiento de la América, y

dígasenos, ¿no era la fuerza brutal lo que campeaba más en los siglos pasados y se enseñoreaba sobre todo? El talento con su resplandeciente y pacífica aureola: el oro, poderoso señor, rey y emperador de todas las cosas en este siglo diez y nueve, se inclinaban entonces ante la fuerza y eran hollados por ella. En pos del oro corren desolados hoy los hombres, en pos de la fuerza corrían antes, hasta que la pólvora equilibrando la debilidad y aquella con la combinación del plomo y del salpetro, la hizo casi inútil y le substituyó la destreza.

Una de las tendencias más manifiestas de las costumbres que toman la pendiente viciosa, es bajar por ella con extraordinaria rapidez, en armonía sin dudar con las leyes de las progresiones. El deseo de los jóvenes de hacer hablar de sí y no derogar de raza, se aumentó con el producido de muchos alambiques, y pronto los fandangos, fiestas en donde se hacía más uso del aguardiente, sólo fueron bacanales y el teatro de cuantas disensiones podía haber.

Afortunadamente, a medida que el mal crecía se tomaban las medidas más propias para impe-

dirlo, y la institución de los capitanes de partido opuso algún dique a las desgracias.

Sin embargo, ésta era una medida incompleta, puesto que el capitán de partido no es más que el jefe de la fuerza armada, agente por consiguiente de la fuerza pública, pero en manera alguna competente ni en relaciones por su empleo puramente militar con el primer escalón en la jerarquía judicial, única hábil para conocer de los crímenes y delitos de los ciudadanos.

Entonces, pues, resultó la institución de los comisarios rurales, complemento de la primera medida (esto es, si la primera no lo es de esta última), y en nuestro concepto la parodia del alcalde y comandante de armas, del presidente y el congreso; a esto se agregó la legislación francesa sobre los *gardes champetres* y reglamentos parciales en cada jurisdicción, es decir, cuanto posible era de hacer.

Pero siempre quedaron los dos agentes y aún no han sido destruidos: la tradición que ha degenerado en costumbre, y el aguardiente, cuyo uso ha pasado como a los enfermos se propinan las tisanas, es decir, por agua común.

Y ahora bien, destruid una costumbre o quitad el agua a un pueblo sediento, más fácil es quitar al sol sus rayos.

Por eso al calcular el mal y al intentar exponerlo, decíamos que no cabía en el mínimo cuadro de una novela y que necesitaba otras luces a las que poseemos para hacer medidas concienzudamente, puesto que como una costumbre perniciosa, la materia pasaba al dominio de los hechos que sirven de meditación al moralista y al político.

Objetos físicos y morales, todos, todos presentan dos fases: una gloriosa, brillante, hermosa; otra fea y repugnante. La costumbre de que hablamos no es efecto de estas últimas, cuando en medio de deudos y amigos se enciende una pendencia que deja muerto a uno, mutilado a otro, viuda a aquella, huérfano a esotro, y todo por los motivos ya dichos; pero ¿qué es lo que hace el dominicano tan superior en el sable cuando hace uso de él en la guerra? La misma costumbre. Habitado a cargarlo desde niño y a servirse de él en las pendencias, no hay quien pueda resistirlo, ni quien lo maneje con más brío y destreza: tampoco puede temerle, porque frecuentemente lo ha

amenazado sin causarle daño.

En presencia de estas dos fases abandono la cuestión al filósofo, mientras sin decidir accesorio tan arduo salgo por las puertas de este capítulo en seguimiento de nuestros novios.

CAPÍTULO IX



Y o te saludo, ¡oh luna de miel!, paraíso de tres meses, principio de la segunda era del hombre, mar bonancible cuya calma encubre a veces tantas borrascas. Yo te saludo y te proclamo suprema, y tal vez única felicidad del hombre en este tránsito de la vida.

Aparte aquellos primeros días del matrimonio de dos viejos; lejos y bien lejos los tres meses del matrimonio de conveniencia metálica; afuera el matrimonio de los monarcas y príncipes casados por la política; eso no es luna de miel, eso es lo más su parodia, y aún muy triste. La luna de miel necesita amor, y quien dice amor dice un mundo; necesita juventud, savia, salud, y entonces ya no se habita la tierra,

pero un edén, un encanto.

Aquí las oficiosas complacencias, las abnegaciones más increíbles se ejecutan, dos individuos concentrados recíprocamente viven retirados, huyen del mundo y de sus exigencias; cualquier visita es mal venida, un acontecimiento que tienda a la separación aún momentánea es importuna; la concentración es absoluta, los dos dirigen sus conatos a tener una sola opinión, un mismo deseo, si Dios oyera sus ruegos, la fábula de Afrodita se realizara en ellos, y luego las caricias, antes maniatadas, ya son libres con el nuevo estado, y son prodigadas, recibidas y devueltas por un objeto todavía adorado.

Yo te saludo, pues, luna de miel, y te proclamo suprema felicidad.

Aunque la muerte de Tomás había terminado con lágrimas y desesperación unas bodas con promesas tan lisonjeras, ¿cómo era posible de suponer que el dolor de María, por profundo y agudo que fuese, resistiera a los consuelos que el amor le brindaba? En plena luna de miel no hay pesares, y en casos que existan, son prontamente, si no borrados de la mente, a lo menos mitigados. María

lloraba a Tomás, pero una caricia de Manuel enjuagaba estas lágrimas, y por fin el tiempo haciendo su oficio, el sentimiento dulce dominó.

Cumplidos los ocho días del duelo por la muerte del criador y hallándose reunida en la sala toda la familia, Teresa habló a Manuel en estos términos:

—Bien sabes, querido Manuel, que he quedado viuda y desamparada por consiguiente de mi natural sostenedor. Había sido resuelto que después de tu matrimonio fueses a vivir con tu padre, pero ¿cuánto más justo no será que te quedes a mi lado, acompañes y protejas a la pobre anciana que no tiene quien por ella sea? María, acostumbrada a dirigir la casa, ¿podrá acomodarse separada de mí? No lo creo; las fatigas caseras yo se las ayudaré a compartir, y los hijos que Dios mande a entrambos, serán sin duda una distracción que mitigará mi eterno dolor. Por consiguiente, repara y oye la súplica que te hago, de no dejarme sola atendiendo a los multiplicados cuidados que mis demás hijos y la conservación de lo dejado por Tomás me imponen, y que mejor comportan las robustas

fuerzas de dos jóvenes, que las débiles y escasas de una mujer ya achacosa. Todo lo que aquí hay y todo lo que pertenecía a Tomás será tuyo, lo entrego a ti y lo confío a tus cuidados y atenciones; en fin, todo lo doy, y únicamente me reservo el amor de ustedes que como no me faltará de nada me dejará carecer.

—Madre mía —contestó Manuel—, permítame darle este nombre en adelante, estoy dispuesto a cumplir su voluntad y hacer cuanto usted ordene, con más razón una cosa justa y racional como la que pide, sin embargo, antes de ejecutarla consultarémosla con mi padre.

—Bien pensado, querido Manuel —dijo María—, aunque estoy convencida que León en vez de oponerse se prestará gustoso a fin de no dejar a mi madre en esta soledad.

Resuelto lo dicho pasó en consulta a León, y éste dio su aquiescencia gustoso y francamente, resultando la instalación definitiva de los nuevos casados, lo mismo que el transporte de muchos animales de crianza de propiedad de Manuel, cuyo pastoreo se efectuó en breve tiempo.

El cielo bendijo la unión de nuestros dos jóve-

nes dándoles un robusto y hermoso niño que completó su dicha, y a quien la madrina, que fue Teresa, puso el nombre de Tomás.

En un matrimonio dichoso, los días se suceden sin variaciones. El tiempo marcha, los sentimientos se modifican, pero la felicidad, si es que la hay en este mundo, la acompaña. Decimos, si es que la hay en este mundo, porque muchos, por ejemplo Rousseau, definen la felicidad como el ser menos infeliz, proposición negativa que tiene una exactitud desesperante, con la cual es preciso convenir.

La luna de miel, como todo tiempo dichoso, pasa rápida e insensible, síguele la calma en unos y la saciedad en otros, viene después lentamente la estimación recíproca y la amistad o bien el conocimiento de los defectos ocultos, la intolerancia y los disgustos que bien pronto se truecan en enemistad, repugnancia, odio, separación o por lo menos imposibilidad de vivir en armonía.

Manuel y María tuvieron la dicha de tomar la primera senda, y los años transcurrían hallándolos en esa quietud patriarcal que proporciona la vida del campo a las personas acomodadas.

CAPÍTULO X



Cuatro años habían transcurrido desde la muerte de Tomás. Manuel se hallaba ausente en el Macorís, donde había ido a comprar algunas cosas de la familia. María y Teresa habían quedado con las demás muchachas. Era de tarde, y Tomasito que principiaba a andar, se empeñaba en seguir dando traspiés alrededor de Manzanilla, que gravemente sentado en las patas traseras, sacudía las orejas cada vez que el niño se las agarraba. María, sentada sobre uno de los rollos de seyba en el umbral de la puerta del patio, desgranaba en una petaca algunas mazorcas de maíz, interrumpiendo de cuando en cuando su tarea para seguir con la vista momentánea-

mente los caprichosos movimientos de su hijo, mientras que Teresa a su lado hilaba un copo de algodón.

—Madre —dijo la joven—, ¿recuerda usted a Juan?

—Qué pregunta —contestó Teresa—, si ese hombre es mi pensamiento fijo, ¿acaso el mal que me causó es de aquellos que olvidarse pueden?

—Así también me sucede —contestó María—, aunque confieso que la compañía de mi marido mitiga ese doloroso recuerdo, sucediendo que cuando como ahora se halla lejos, la idea de los disgustos que su amor y su venganza sin motivo me causaron, se aumenta con los que si existe aun puede causarme.

—Son de esperar en esta vida —contestó Teresa—, cuantas calamidades sean posibles; no en balde llaman al mundo valle de lágrimas, y yo soy un triste ejemplo de lo que un malvado como Juan es capaz; a pesar de todo, cuatro años hace que no sabemos su paradero, y aunque puede existir, el lamentable suceso que lo hizo desaparecer, me hace esperar no quiera volver por estas cercanías.

—Así lo quisiera yo creer —volvió a decir María—, aunque la misma ignorancia en que estamos de su paradero me hace suponer que está haciendo de las suyas, y que podremos algún día ser otra vez sus víctimas. Un hombre que vive tranquilo tiene un domicilio; todo el mundo sabe dónde mora y puede dar razón de él; por lo demás, lo que usted dice es lo que me tranquiliza. Juan no puede volver aquí sin que el capitán de este partido lo coja y lleve a la cárcel.

La vista de un hombre a caballo que de lejos se percibía en los recodos de la playa suspendió la conversación; bien pronto el jinete acortando la distancia que lo separaba del bohío con un mediano trote, nuestros interlocutores conocieron a Manuel, y a poco rato un abrazo pagó el tedio y los temores de la ausencia.

Cuando Manuel hubo acariciado a Tomasito, desaparejado y entregado su caballo al hijo mayor de Teresa, y por fin puesto en su lugar los arreos del viaje, procedió a sacar de los macutos sus compras en el pueblo. Éstas eran sencillas: seis varas de algodón azul para Teresa; cinco varas de percal y siete de zarazas para María; dos

retazos de listado para Tomasito; catorce o dieciséis varas de otras telas fuertes y propias al trabajo, para él y los dos hermanitos de María; un frasco de aceite, una botella de aguardiente y algunas agujas componían todo lo comprado. Así que hubo explicado a María el destino que se había propuesto dar a cada pieza, ésta las cogió todas, las guardó en el cajón carcomido y puso la cena a su esposo.

Si hay apetito que pueda pasar por proverbial es el del montero, oficio que obliga a una locomoción perpetua, y por consecuencia a una actividad relativa en todos los órganos en que la parte del estómago no es la menor. Digerir una libra de carne y dos plátanos es cosa de todos los días, así es que Manuel engullía los huevos y plátanos maduros fritos que tenía por delante con una velocidad que hubiera agotado una menos abundante cena. Afortunadamente, este apetito creído general, es conocido de sus mujeres y toman las medidas propias a satisfacerlo, y un viajero que recorra estos lugares, recordará al ver las mesas lo que se cuenta de la hospitalidad de nuestros antepasados, conservada en medio de los monteros, en su

desinteresada abundancia e íntegra simplicidad.

Los hábitos se transmiten de generación en generación, y sólo aguardan para ingerirse en la familia, que el hijo ocupe la posición del padre. Manuel, heredero de la posición de Tomas, adquirió los mismos hábitos, y cuando concluyó la cena, la vieja hamaca del criador lo recibió fumando su pipa.

—Nada se puede comprar en el pueblo según está de cara cualquier bagatela —dijo, meciéndose suavemente después de haber aspirado tres o cuatro bocanadas, —y si esto sigue no sé como harán los pobres para vestirse.

—¿Y qué tal —dijo Teresa—, nuestro cura se halla bueno?

—Bueno y gordo —respondió Manuel—, héte ahí un hombre a quien aprovecha lo que come, y a propósito del cura, adivinen qué encuentro tuve en la puerta de su casa.

—¿Cómo hemos de adivinar? —contestó María.

—Pues bien, ¿sabes que vi a Juan?

Este nombre produjo en las mujeres la sensación que era de esperar.

—Figuraos —continuó Manuel—, que habiendo

ido como de costumbre a besar la mano de nuestro Cura, al momento de decirle adiós, parado en la puerta, veo pasar una escolta conduciendo a un hombre, atados los brazos a la espalda. Por de pronto no le conocí, por una herida que le partía la nariz hasta la boca, herida que sin duda atrapó en sus otras fechorías, pero mirándole más despacio reconocí a Juan.

—Ved ahí —me dijo el Cura—, un malhechor como hay pocos; es un hombre abandonado de la mano de Dios, y que no se ha cansado de hurtar.

—Toma —dije yo—, también ladrón.

—Archiladrón y asesino —replicó el Cura—: ¿acaso lo conocéis?

—Mucho que sí —contesté yo—, ese fue quien mató a mi suegro.

—Eso también —exclamó el Cura—; Jesús, Dios mío, ni aún verlo quiero, tanta repugnancia me causa.

—¿Y adónde le llevan?

—A la cárcel central de la Provincia, donde quedará tal vez por toda su vida.

—Loado sea Dios —dije yo entre mí—, ya sabemos dónde está mi enemigo, y mi familia podrá

vivir en paz.

Esta noticia causó alegría a las mujeres, aunque en Teresa, temperada por aquel sentimiento evangélico que abraza el que mucho ha sufrido, y que le da un fondo de conmiseración por los que causan un mal a sus semejantes.

Al otro día, vuelto a sus faenas cotidianas, Manuel venía de visitar sus siembras, cuando encontró en el bohío un mensaje de su madre que le traía noticia de hallarse su padre enfermo gravemente. Nuestro montero montó a caballo y partió angustiado por tan triste nueva.

Las mujeres solas y haciendo comentarios sobre el estado de León, concluyeron sus quehaceres del día y María quedó en la cocina ya tarde, dándole la última mano a la cena, mientras con una larga vara terminada en horquilla sacudía una rama al naranjo del patio para hacer caer una de sus frutas, que es el vinagre de los monteros. María percibió internándose en el bosque una sombra fugitiva que el último crepúsculo permitió conocer por un hombre, aunque la misma semi-oscuridad en que yacía le imposibilitaba determinar la persona. Sin embargo, el aire

cauteloso y los movimientos inquietos del individuo la impresionaron; María tuvo miedo y al acostarse comunicó sus temores a su madre, quien procuró desvanecerlos con razones si infundadas, a lo menos hijas del deseo de inspirar seguridad y confianza.

—Y si es Juan, madre.

—Pero hija, no oíste lo que dijo Manuel sobre la manera que lo conducían a Santiago?

Más a pesar de esta seguridad, María apenas durmió.

Manuel ausente, la esposa iba al conuco con el hermano mayor, veía las siembras y cosechaba los plátanos y legumbres necesarios a la comida del día.

Por la mañana María fue al conuco, y cuando volvió encontró en el bohío a Feliciano conversando con Teresa, que lo escuchaba con semblante lloroso.

—Buenos días, padrino —dijo la joven.

—Felices, ahijada —contestó Feliciano, abrazándola cordialmente.

—¿Qué nuevas lo traen de mañana, padrino?

—Malas y muy malas, querida, acabo de darlas

a mi comadre y ya veo cómo la han entristecido.

—El padre de Manuel...

—Ayer murió y mucho me temo que mi ahijado haya ido sólo para asistir al entierro.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de María, pues sólo había recibido muestras de bondad y afecto de León.

—Pobre Manuel —dijo, helo aquí sin padre como yo. Un silencio de un momento sucedió a esta exclamación.

—Pero no es todo, ahijada, aunque deba aumentar nuestra tristeza, es necesario que os dé parte para precaveros otra noticia aún más alarmante.

—¿Otra?

—Sí, Juan anda por la sección.

—Ya lo ve usted, madre, cómo no me habían engañado mis presentimientos —dijo María a Teresa, que bajó la cabeza consternada.

—¿Qué queréis decir, ahijada?

Entonces María contó a Feliciano haber visto un hombre ocultándose en el bosque en la tarde anterior, y aunque no lo conoció, la noticia que acababa de darle la confirmaba en la aprensión

que tuvo de ser Juan.

—Sin duda que es ese bribón —dijo Feliciano—, pues antes de ayer escapó en Cenoví a la vigilancia de la escolta que lo conducía a Santiago, pero paciencia, lo cogeremos; el Capitán de la sección ha recibido orden de cogerlo vivo o muerto, y ya le daremos qué hacer; voy a darle esta noticia —continuó levantándose para partir, a fin de que las pesquisas se hagan de este lado. Adiós.

—Padrino —dijo María—, no nos abandone. Usted sabe la dilación que pone el Capitán para esas cosas y tal vez mañana será que él vendrá por aquí, y yo tengo mucho miedo para estar sola.

—Cierto es que el Capitán es pesado —contestó Feliciano—, pero en todo caso yo vendría a dormir aquí hasta que Manuel llegue.

Esta promesa consoló a María y bien le salió con sostenerla, pues que por la tarde Feliciano vino a dormir al bohío por no haber sido posible al Capitán reunir la gente que debía acompañarlo hasta al otro día.

Amaneció éste, y como era de suponer la pequeña tropa tomaría descanso en el bohío antes

y después de sus pesquisas, previa la orden de Teresa, Feliciano mató un cerdo. Esta operación la efectúa el montero como un diestro impresor compone o distribuye las páginas de un libro en 18vo., es decir, con una velocidad digna de elogio, pero es de reparar que sólo considera digna de comerse la grasa y las viandas; las tripas, el cuero, la sangre, todo se echa a los perros, que sabiéndolo, circuyen al montero ocupado en desollar y destazar.

CAPÍTULO XI



cababa Feliciano de colgar en la cocina el último trozo cuando el capitán seguido de alguna gente entraba en el bohío y saludaba a sus habitantes; mientras María le indicaba por dónde había visto al prófugo y que el capitán hacía conjeturas para poder guiarse, Feliciano se lavaba las manos y se apretaba el cinto de su sable para acompañarlo. Las mujeres los dejaron ir, y cuando volvieron a la cocina repararon en que no había plátanos para la comida de los monteros ni quien por ellos fuera, pues el hermano de María que siempre la acompañaba en este oficio, halagado por un suceso semejante y con la curiosidad de los muchachos, había, sin ella saberlo, precedido a los monteros. Aventurarse al conuco, a

pesar de un socorro probable, atemorizaba a María, que la idea de Juan cerca de su persona le trastornaba la cabeza. Fuerza le era, sin embargo, de ir a buscarlos so pena de no tener comida a la vuelta de la gente. María se decidió, tomó de la mano su otro hermanito de siete años, cogió un machete de trabajo para cortar el racimo, y se internó en la senda que llevaba al conuco. Mil temores la asediaban; el ruido de los árboles, mecidas sus ramas por la fresca brisa del mar, la hacía estremecer; por de pronto el ruido seco de un objeto pesado que cae el suelo la deja inmóvil, no se atreve a volver la cara y aguarda por momentos la presencia del hombre que teme.

—María, déjame coger aquel coco que acaba de gotear.

Estas palabras de su hermanito la vuelven en sí y la hacen cobrar valor, coge la mano del muchacho que contento vuelve con la fruta que acaba de caer, y con apresurados y temerosos pasos llega al conuco, entre en el platanal y derriba un racimo ya en sazón, pero una voz bronca, una voz bien conocida suena a su oído, Juan se le acerca y le dice:

—¿Habéis creído, María, que yo podía olvidarte? Si así lo has pensado ha sido un error tuyo. La desagradable muerte de tu padre y otros contratiempos me habían imposibilitado de acercarme a ti y decírtelo; también esperaba que el amor que tenías a Manuel se apaciguase, pero ya que la ocasión se presenta tan favorable y que el tiempo no es bastante para gastarlo en prosa, tengo extremo gusto en decirte, que es preciso que hoy decidamos aquella larga querella que tenemos pendiente desde hará cinco años; en fin, hoy, ahora mismo, se sabrá si yo he de poseerte o no.

—Será posible, Dios mío —dijo María, cruzando las manos en actitud de plegaría—, que el asesino de mi padre...

—Detente, María —replicó Juan—, ya sé que vas a soltar la tarabilla y decir mil boberas; yo no fui asesino de Tomás; reñimos, ambos teníamos un sable en el combate.

—Váyase usted, Juan, váyase, no tiene a Dios.

—¡Irme, irme! ¿Juzgas que ando aún aquí por sólo el placer de andar? No. Antes de anoche no fui al bohío porque hasta ayer no supe que Manuel estaba ausente; anoche si Feliciano no hu-

biera dormido en él hubiera sucedido lo que quiero ahora suceda.

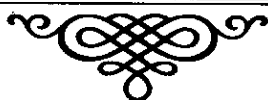
—¡Socorro, Dios mío! —dijo la joven, sintiéndose agarrar, luego cobrando fuerzas en su misma flaqueza por una enérgica resolución:

—No, no, —dijo—, antes me mataréis como habéis matado a mi padre.

—Ahora lo veremos, —dijo Juan.

Y una lucha, desesperada por parte de María y espantosa por parte de Juan, se trabó en los dos.

CAPÍTULO XII



El capitán y su gente entrando en la selva, habían dado algunos pasos en ella, cuando Feliciano, deteniéndolos, dijo al primero:

—Capitán, el marchar apelotados se me figura no dará otro resultado que tener menos probabilidades de coger a Juan, hombres cual éste ven de muy lejos y tiene el oído fino; por consiguiente sería mejor que nos separemos en cuatro escuadras, rodeemos el monte y entremos por cuatro puntos diferentes a reunirnos en el centro.

—Caramba —contestó el capitán—, usted parece que ha hecho la guerra, Feliciano, puesto que me da un consejo de ataque tan combinado.

—Perdone —dijo, con aire suficiente Feliciano—, en el año 1809, cuando el sitio de Santo Domingo, me hallé en el ataque de San Gerónimo bajo las órdenes del capitán Sandoval, oficial valiente, a fe mía, que en medio del fuego se terciaba el sombrero con aire sandunguero. Buen tiempo era ese, y aunque los franceses nos caldearon un poco, siempre se logró nuestro intento.

—Y ahí fue que usted aprendió sus planes de ataque —dijo un montero.

—No fue ahí ni en parte —contestó Feliciano—; yo he dado una opinión; ahora si es mala, haced lo que mejor os parezca.

—No es mala, caramba —dijo el capitán—, y voy a ponerla en práctica. Tú, Cortorreal, coge la playa con cuatro hombres y entra por Caño Colorado. Usted, teniente Pacheco, coja con tres por el Sur, llegue hasta Madre Vieja del Helechal y revuelva por el interior. Usted, Feliciano, quédese aquí con cuatro hombres, hasta que yo dé vuelta al conuco y entonces diríjase al centro. Nos encontraremos al pie de las dos matas de coco que están en medio del monte.

Dicho esto se separaron cada uno por el lugar

indicado.

—Volvamos ahora al conuco.

El hermanito de María, espectador de las angustias de su hermana, creyendo que Juan pretendía matarla, corrió dando gritos en dirección al bohío; dábale el miedo alas y en un instante se halló fuera de la cerca y en la senda que conducía a la casa.

—¿Qué te han hecho, muchacho? —le gritó el capitán que a la sazón atravesaba del bosque con la parte de gente que se había reservado para hacer lo proyectado—; ven acá y dime por qué lloras.

—A María la está matando un hombre en el platanal, —contestó el muchacho sollozando.

—Apuesto que es ese demonio de Juan —dijo un montero—; capitán, a él, al platanal.

Y sacando sus sables, corrieron a lugar indicado por el muchacho.

Era tiempo que este socorro llegase, porque María en la agonía de sus fuerzas, el cabello suelto y aporreada, sólo oponía al brutal ataque de Juan la última resistencia de la desesperación aniquilada. El estrépito de la carrera de los mon-

teros, el rompedero de las hojas de plátanos que en la precipitación no evitaban, había pasado impercibido de Juan, quien aguijoneado por los deseos, reconcentrado en su frenesí y viéndose al obtener el objeto de la lucha, olvidaba el mundo entero. En esta posición fácil les hubiera sido cogerlo, si al percibirlo no hubiesen prorrumpido en votos y juramentos que la cólera les arrancaba. Entonces emprendió la fuga perseguido por todos a la vez, salvaron las empalizadas y se internaron en el bosque. Cual un jabalí acosado por perros, Juan dirigía su torva mirada a la distancia cada vez más larga que ponía su carrera entre él y sus perseguidores, las dificultades del terreno mucho lo favorecían, y un hombre que teme ser cogido dobla su natural velocidad y lleva mucha ventaja a quien lo persigue: muchas veces los monteros lo habían perdido de vista, y Juan esperaba escapar, cuando se sintió agarrar y detener en medio de su carrera por la mano fuerte de Feliciano. Tal un caballo brioso, lanzado al galope, obedece a la diestra mano que lo dirige, pliega los corvejones, sacude el freno y se para, así Juan detenido por la vigorosa mano que inopina-

damente lo agarra, se encorva por su impulso, se echa hacia atrás y saca su sable, pero un furioso machetazo le derriba sin vida.

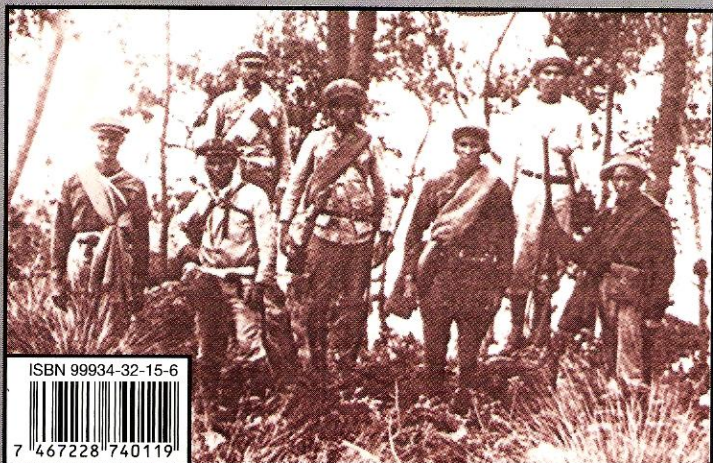
—Tal había de ser el fin de este pecador —dijo Feliciano a Manuel que acababa de hacer este golpe—, mató él a Tomás sin merecerlo, y debía ser el marido de su hija, el protector de su vida, que debía matarlo.

Manuel había ido, como dijimos, a ver a su padre, pero la noticia de su muerte era demasiado cierta; la tarde que lo enterraron llegó, y pasó dos días llorando y consolando a su desconsolada madre. Más días la hubiera acompañado si la noticia de la evasión de Juan no llegara a su oído por medio del capitán de ese partido a quien había sido pasada la circular concerniente al caso y que en su visita de pésame la contó. Saberlo y montar a caballo todo fue uno; prometió a su madre volver pronto, y llegó al bohío al tiempo que María estaba en el conuco.

Teresa le contó la batida que hacía el capitán, y el intrépido joven no quiso permanecer en casa y se puso en campaña. Dio la causalidad de topar con Feliciano y su gente en el mismo instan-

te en que Juan todo azorado por la persecución caía en este grupo y era agarrado por Feliciano, entonces al verlo sacar el sable no pudo contenerse, sacó el suyo y sucedió lo que ya dijimos.

Los monteros, convencidos que fueron de la muerte de Juan, cortaron cuatro gruesas ramas, y aguzando sus puntas a guisa de coas, cavaron una sepultura para enterrarlo, luego se encaminaron al bohío donde encontraron a María no bien repuesta del susto, y que cayó en los brazos de su esposo, con el sentimiento que debe experimentar el náufrago que arriba a una playa conocida, después de la borrasca en que ha estado a pique de perder la vida.



La publicación de *El Montero*, en *El Correo de Ultramar*, considerado por entonces el vocero europeo de mayor interés, constituyó un triunfo no sólo para Bonó, sino también para las letras dominicanas.

Cuando la obra de Bonó se deje de leer como novela, se leerá como inapreciable capítulo de nuestro folklore, de nuestra sociología.

Emilio Rodríguez Demorizi



Pedro Francisco Bonó. Nació en Santiago el 18 de octubre de 1828. Participó en las guerras patrias y fue secretario del general Juan Luis Franco Bidó en la batalla de Sabana Larga en el año 1856. Ese mismo año publicó en España su novela *El Montero*. Ejerció la abogacía y fue diputado y senador de la República. Participó activamente en la guerra de la Restauración. Fue secretario de Estado de Justicia durante el gobierno del presidente José María Cabral.

Varias veces fue propuesto al puesto de presidente de la República por distintos representantes de la sociedad dominicana, honor que rechazó reiteradamente. Se destacó como un agudo analista social. Murió en San Francisco de Macorís el 14 de septiembre de 1906.